



**COLEGIO SALESIANO
CABEZO DE TORRES - MURCIA**

Queridos hermanos:

Como de puntillas, para no hacer ruido, tal como había sido norma habitual en su dilatada vida, se nos fue a la Casa del Padre el inolvidable Hermano Coadjutor

D. ANTONIO MARTIN MARTIN

Su viejo corazón, tarado desde años atrás, dejó de latir en este mundo, sin espasmos, serenamente, a las 11'15 de la mañana del domingo 11 de enero de 1981.

Copiamos literalmente de una nota que él dejó:

«Datos que pueden ahorrar algún trabajo cuando llegue mi última hora:

Nacimiento:—El 18 de enero de 1900 en Las Casas del Puerto de Villatoro, Avila.

Ingresé en el Colegio de Carabanchel Alto en mayo de 1915, y en Sarriá el 9 de diciembre del mismo año. Empecé el Noviciado el 24 de julio de 1918 en Carabanchel, haciendo la primera profesión el 24 de julio del año siguiente. La profesión perpetua, en Sarriá el 2 de Agosto de 1922. Celebré las Bodas de Oro de Salesiano en La Almunia el 15 de junio de 1969.

Volviendo a mi juventud, salí para Cuba en 1920, y de allí, para Méjico en 1923. Tres años después marché a Italia donde estuve cerca de cuatro años, en Foglizzo, al frente de la primera Escuela Profesional que fundó D. Pedro Ricaldone para la formación de aspirantes coadjutores. En 1929 asistí en Roma y Turín a la Beatificación de D. Bosco. ¡Lo más hermoso de mi vida! Volví a España a primeros de diciembre del 30. De Sarriá pude escapar a Pamplona donde pasé la guerra. Regresé a Sarriá donde estuve hasta que se fundó la casa de La Almunia. En 1969, por causa de una trombosis, fui a Campello, viniendo al poco tiempo a Cabezo de Torres, donde espero en la paz y caridad de mis buenos hermanos, recibir la llamada del Señor, cuando El tenga a bien llamar a este su pobre e indigno siervo».

De verdad que nos vemos en un aprieto al tener que destacar alguna virtud como característica suya. Muchas brillaron en él:

- Una sencillez auténticamente franciscana.
- Una pobreza radical, casi hasta la exageración. Lo único de cierto valor que se halló entre sus poquísimas cosas, fue una medalla con su cadena de oro que le habían regalado en sus Bodas de Oro, hace 12 años, y que seguramente no se puso nunca al cuello:

– Su obediencia era «sin glosa». Un deseo del Superior o del enfermero eran ley para él.

– ¿Y qué decir de su espíritu de sacrificio? Cuando hace unos años se enteró de que estaba destinado a esta casa un sacerdote también mayor, de su misma edad, cogió sus pocas cosas y dejó libre su habitación para el hermano, trasladándose a un cuarto menos cómodo y un piso más arriba, con su correspondiente mayor número de escaleras. Ya no hubo modo de disuadirle.

– Su pureza, bosquiana. Los que le hemos conocido a fondo, no dudamos que se ha presentado al Señor adornado con la estola de su inocencia bautismal.

– ¿Y su piedad? Hace muy pocos días, en la intimidad de una conversación, aseguraba que probablemente no se había dejado ni dos días en su vida de rezar el Rosario. Su amor a Cristo era total. Había que verle haciendo el Vía Crucis, arrastrando sus pies, o besar el Sagrario al despedirse del Señor por la noche, sin que faltara la última mirada a la lámpara del Santísimo. No se la dejaría apagada por nada del mundo.

– Pues, ¿y el trabajo? Medio en broma le habíamos puesto en su mesa un diploma: «Al Campeón del trabajo» Y es que lo fue en un grado difícil de igualar. Parece inexplicable, cómo un hombre al que faltaba un ojo y medio dedo pulgar de la mano derecha, pudiera dirigir con tanta competencia y eficacia los talleres de mecánica, y cómo en estos últimos años aquí en Cabezo nos ahorrara tantos gastos. Es que no paraba. Y había venido para descansar, después de la trombosis. Pero no aprendió jamás a conjugar este verbo, descansar. Como D. Bosco, lo dejaba para el cielo. Sólo Dios sabe los incontables trabajos que tuvo que sobrellevar en Sarriá, cuando aparte de sus responsabilidades como jefe de taller, había que preparar semanalmente una función de teatro para los chicos

– De destacar también el cariño acendrado a su familia temporal y espiritual, y a sus Antiguos Alumnos, a los que recordaba con nombres y apellidos.

– Tampoco se puede dejar de mencionar su amor a las Misiones. Eran su ilusión. Hasta hace pocos años, ya de mucha edad, se encargaba de animar un grupo de muchachos.

– Lo que más le hacía sufrir, hasta minarle la salud, era la blasfemia. Es que le sacaba de quicio. No lo podía disimular. Y corregía siempre.

Pero estamos olvidando que él nos pidió que ahorráramos alabanzas. Creemos que para reflejar más fielmente su figura moral, será mejor presentar su «testamento». No tiene desperdicio.

MI POBRE Y ULTIMA VOLUNTAD

Sintiéndome como he sido y soy un gran pecador, procede lo primero, al escribir mi testamento, expresar una grande e inmensa gratitud al Señor por su infinita misericordia, ya que en mi juventud, a los 15 años, providencialmente guió mis pasos el Colegio Salesiano de Carabanchel Alto.

Allí me deparó en la persona de Don Antonio Balzario el confesor Santo que

por varios años condujo la navecilla de mi pobre alma, con un corazón tan lleno de amor y compasión para mis miserias, como si hubiera sido el mismo corazón de Don Bosco.

A pesar de mi indignidad, él me animó a solicitar mi ingreso en la Congregación, en la que no obstante los duros trabajos, las muchas dificultades, persecuciones, contratiempos, cambios de casa y nacionalidad, he vivido feliz como Coadjutor Salesiano, ayudando a miles de niños y de jóvenes, a promocionarse en su oficio de «mecánicos», y ser a la vez buenos ciudadanos y católicos practicantes, que es lo que más vale (Deo gracias).

Cuando se acerque el momento supremo, si llega normalmente por enfermedad «la hermana muerte», es mi ardiente deseo morir como hijo amante de la Santa Iglesia Católica; recibiendo solemnemente los Santos Sacramentos, rogando a esta querida comunidad a la que tanto debo, acompañen el Santo Viático y a la Unción de los enfermos, para que pidan mucho, mucho por mí; pedir perdón a todos, y que sus muchas virtudes sirvan ante Dios, M.^a Auxiliadora y D. Bosco, a los que amo de todo corazón para borrar todas mis iniquidades.

Ardientemente deseo que bien cerciorados de mi muerte, me hagan un entierro lo más pobre y sencillo posible. Si alguno piensa en flores y ataúd, que no sean sino de la ínfima clase; guarde ese dinero, o mejor, si gusta, entréguelo en mi obsequio como limosna para las Misiones Salesianas más necesitadas. ¡Que son muchas!

Deseo que me pongan el rosario entre mis dedos yertos, pues por toda la eternidad me gustaría rezarlo a los pies de la Bienaventurada Virgen María Auxiliadora.

También quiero llevarme la Santa Regla, como homenaje a D. Bosco, para que perdone mis infidelidades a lo largo de toda mi vida.

Si me sobreviven mis hermanos, o si no, mis sobrinos, me gustaría que el crucifijo de tantos recuerdos familiares, no saliera en largos años de sus manos, lo mismo que el álbum de fotografías; por lo demás creo no tener cosa de valor que ofrecer a nadie; me gustó siempre vivir pobre a lo Don Bosco. De todos modos, si algo interesa a alguien, a juicio del superior . . .

Agradeceré que los sufragios de regla, los apliquen cuanto antes por la salvación de mi pobre alma, pues aunque confío que mi juicio sea compasivo y misericordioso, han sido muchas mis faltas y pecados, y en rigor de justicia, merezco un largo y penoso purgatorio.

También les ruego ahorren en la carta mortuoria elogios inmerecidos, difundiéndola pronto, para que tantos Salesianos que me conocen, especialmente los muchos que fueron mis alumnos, mis parientes y amigos, encomienden mi pobre alma a la piedad del Señor.

Ofrezco mi vida por nuestros heroicos Misioneros, por las vocaciones, los novicios, la perseverancia y fidelidad a Don Bosco de todos los Salesianos, Salesianas, y en fin, por todos los amigos, cooperadores y bienhechores que aman y trabajan por nuestras obras.

Que a todos nos sea dado formar en el Cielo una incontable familia para ensalzar eternamente las misericordias del Señor, las ternuras maternas de la Virgen María y la dicha exquisita de morir en el seno de una Congregación tan Excelsa. Amén.

ANTONIO MARTIN S. D. B.

De las cartas que nos han llegado a raíz de su muerte, copiamos sólo dos testimonios de especial relieve por ser de dos exconsejeros del Consejo Superior.

El primero, de D. Modesto Bellido dice así: «Son muy numerosas mis deudas para con el Sr. Martín. Su ayuda fue preciosísima en la Casa de Sarriá en los años difícilísimos de la postguerra. Con gran espíritu de sacrificio e iniciativa, suplía la carencia casi absoluta de maquinaria en el taller. Sus alumnos lo apreciaban muchísimo, y esto que era exigente en el cumplimiento del deber.

A pesar de su enorme trabajo en el taller, sabía hallar tiempo para cuidarse de algún grupo de las Compañías, y como encargado del teatro, preparó numerosas obras, tomando muchas veces él los papeles más comprometidos».

El segundo testimonio es de D. Antonio Mélida:

«Tengo la seguridad que ya está en su butaca de primera fila bien ganada durante su larga y salesianísima vida. He tenido la gracia de vivir desde joven muchos años a su lado, y de poder considerarme como amigo y discípulo suyo: ha sido uno de los hermanos que han influido con sus ejemplos en mi forma de entender la vida y la identidad salesiana. Era una delicia comentar con él temas de la vida práctica salesiana: un verdadero maestro, con ideas y criterios certeros, profundos, con testimonio continuo de sacrificada dedicación a los demás, de sencillez encantadora, de alegría . . .»

Acabando. Sus funerales, como se los merecía. No colaboró, es verdad, el tiempo, por lo que muchos Hermanos se quedaron con las ganas de participar, algunos a mitad de viaje. Paciencia. De todos modos, no faltó una larga corona de sacerdotes en el altar, y tantos y tantos amigos en la iglesia. Su cuerpo descansó en la capilla del cementerio de Cabezo de Torres.

Nos pasa y nos seguirá pasando: vivimos entre santos y no nos percatamos de ello, hasta que los perdemos.

No dudamos, ni dudéis tampoco vosotros, en pedirle a nuestro D. Antonio, que nos obtenga abundantes bendiciones del Señor, sobre todo vocaciones de su talla, para esta Casa de Noviciado, para la Congregación, para la Iglesia.

Seguro que él, que sin duda está con Dios, nos oirá.

Afmos. Hermanos

LOS SALESIANOS DE CABEZO DE TORRES



R.P. A. MARTIN (1883-1976)

On lui présentait jusqu'aux petits enfants pour qu'il les touchât ; ce que voyant, les disciples les rabrouaient. Mais Jésus les appela, disant : « Laissez venir à moi les petits enfants, ne les empêchez pas ; car c'est à leurs pareils qu'appartient le Royaume de Dieu. En vérité, je vous le dis, quiconque n'accueille pas le Royaume de Dieu en petit enfant n'y entrera pas. »

LUC, XVIII, 15-17

Pendant près de 93 ans le P. Antoine MARTIN a vécu en enfant de Dieu consacré par son baptême. Pendant trois-quarts de siècle il a, avec un entrain juvénile, donné sa vie à Don Bosco pour la mettre au service de la jeunesse.

Pendant 60 ans de sacerdoce, il a assumé une part du ministère du Christ au service de son Eglise.

De tous les passages de l'Evangile qu'il a annoncé par toute sa vie, il me semble que ces versets de Saint-Luc traduisent le mieux la tonalité spirituelle de son âme.

Vivre l'esprit d'enfance n'est pas facile même pour un enfant. Malgré les apparences contraires, la vie d'un enfant est toujours sérieuse,

grave et difficile. Quant à atteindre le mystère de l'enfance spirituelle, c'est un idéal que le Christ nous a proposé, auquel seuls les meilleurs et les prédestinés parviennent.

Sa rencontre avec Don-Bosco fut précoce. A la fin du siècle dernier un patronage salésien était florissant aux alentours du port de Nice, autour de la personnalité attachante de Don PRANDI. Qui dit patronage Don-Bosco évoque des jeux et des chants, du théâtre, des randonnées, de la musique, dans un tourbillon d'allégresse tout orienté vers le Seigneur. Des jeux ? des chants ? de la musique ? du mouvement ? Quoi de plus connaturel au jeune Antoine qui est heureux dans ce climat de liesse et de ferveur comme un poisson dans l'eau du port. Il en restera marqué toute sa vie. Désormais Don-Bosco et lui ne feront qu'un.

Il aimait à raconter comment, volage et indiscipliné, plus enclin à l'école buissonnière qu'à l'école tout court, sa mère, un jour, lasse de ses escapades, le prit par la main et le présenta à Don-Bosco, place d'Armes. Le Directeur était le grand et bon P. CARTIER, mais d'esprit un peu froid. L'enfant vit la cour enclose, on parla règlement. Pas question de se laisser enfermer. Le dialogue entre la maman et le Directeur débouchait sur une impasse : refus systématique de l'enfant. On se quittait dans le vestibule quand Don Prandi vint à passer par là. L'enfant se précipite : « Comment ? vous êtes là vous aussi ? alors moi aussi ! »

Et c'est ainsi que, par affection et comme un enfant se donne à un père, le jeune Antoine Martin se donna à Don Bosco pour toujours. Car désormais les tracas de M^{me} Martin vont changer de sens. Auparavant il lui était impossible de pister son fils dans les rues ; désormais il lui sera impossible de le sortir de Don-Bosco où il sera toujours fourré.

Évoquer la fin d'un vieillard de 93 ans, perclus d'infirmités, dont la vue oscilla des ténèbres à l'hallucination, dont l'ouïe faiblit, les pieds s'endolorissant, tout l'organisme se détraque dans l'insomnie et une tension perpétuelle à faire vaciller la raison, c'est évoquer un long cauchemar, un calvaire de souffrances physiques et morales, dont seuls ceux qui l'ont gravi devraient avoir le droit de parler.

L'or pur de la souffrance, distillé à longueur de jours sombres et de nuits blanches, pendant qu'autour de soi un monde qu'on a déjà en fait quitté poursuit sa ronde indifférente, sans jamais voir poindre l'aube du jour nouveau qu'on a toujours espéré. O Seigneur ! Qu'il est doux et qu'il est dur d'être ainsi associé à ta mort crucifiante dans l'obéissance amoureuse, dans l'amour obéissant, éperdument. Mais je puis le dire, et tous les Salésiens ici présents ne me contrediront pas : jamais nous n'avons connu de confrère aussi jeune d'esprit, aussi gai. Même au plus profond de la détresse, quelques paroles amicales et, par réflexe naturel, par vertu, par délicatesse, le sourire revient et la plaisanterie naïve, enfantine, refleurit comme au temps du Patronage.

Le P. Martin a fait bien plus que donner sa vie au Seigneur sur les pas de Don Bosco, *il l'a jouée dans la joie* (le Seigneur aime celui qui donne avec joie), avec une candeur, un enthousiasme, une âme d'enfant qui ignore la valeur de ce qu'il donne et qui, de toute façon, aime trop son père pour être en compte avec lui.

Noël 1972. Le repas familial touche à sa fin. Celui qui va avoir 90 ans se lève et pour la gloire du Seigneur et pour la joie de ses confrères, surmontant les défaillances d'une voix qui fut belle et qui casse, mais garde son timbre de jeunesse il entonne une dernière fois les vieux airs connus. *Don Bosco faceva così !*

Oui, c'est ainsi que le P. Martin a donné toute sa longue vie au Seigneur : en chantant ! Etonnez-vous après cela que la vie lui ait toujours souri et que sous ses pas les fleurs aient poussé, fleurs qu'il a accueillies et glanées à pleines mains. Ses carnets personnels, nombreux et méticuleux, amoureuxment compulsés en font foi.

Que ce soit au Piémont où il fait son noviciat et reçoit la soutane des mains de Don Rua, à Smyrne, où pendant la Guerre de 14-18 (détail symptomatique) il se lie d'amitié avec un confrère prussien avec qui il feint la paresse pour que l'autre ait le plaisir de l'obliger à apprendre sa théologie ; en Italie où, surveillant, il en impose aux élèves après avoir fait semblant d'ignorer leur langue ; en Extrême-Orient, au Siam ou en Chine, dont il gardera les souvenirs les plus enivrants de sa vie apostolique. Au Moyen-Orient où les péripéties de la Guerre de 39-45 le propulsent un jour, à son corps défendant, dans les fonctions de directeur dont il déjoue les difficultés, simplement en laissant les événements venir à lui, dans un éclat de rire ; en Afrique du Nord, à Marseille, à Lyon, toujours et partout on retrouve un P. Martin jovial et disponible.

Que de sermons, de récollections, de retraites de première communion, d'exercices de la Bonne Mort, prêchés à toutes sortes de publics, sous toutes les latitudes et souvent au pied levé. Toujours prêt à savourer l'humour des circonstances.

Il arrive une fois dans une paroisse rurale pour une retraite d'enfants. Il a été envoyé en dépannage in extrémis. Dès qu'il le voit, le curé qui juge un peu trop facilement sur la mine fait part de ses appréhensions à la bonne qui ne peut s'empêcher de le dire au P. Martin. Premier sermon, très enlevé, avec force historique, à la Don Bosco. Le curé est enthousiasmé, il le dit à la bonne qui le rapporte au P. Martin qui savoure la situation.

Toujours prêt à payer de sa personne, pour peu qu'il y ait de la marche à la clé, exercice dans lequel il faisait preuve d'une endurance proverbiale

Cachant sous son rire perpétuel une délicatesse et une tendresse d'enfant. Très fidèle à une famille à qui il doit toutes ces richesses du caractère et du cœur qui font une race du terroir et qui assument l'équilibre d'un homme dans la vie. Famille nombreuse, mais dont

il suit l'évolution, dont il s'enquiert, dont il s'inquiète et pour qui il prie souvent. Très attaché à cette grande sœur qui fut pour lui un peu une seconde maman.

Jusqu'au bout fidèle au Patronage qui lui procure ses dernières joies lorsque le mercredi, il peut venir s'asseoir sur un banc dans la cour des Sœurs, et vieillard de 90 ans, taquiner, amuser, intéresser encore par ses facéties les bambins de 5 ans. Nul plus que lui se plut d'être enfant parmi les enfants.

Et c'est ainsi qu'il nous plaît d'imaginer le P. Martin dans son éternité, lancé dans une folle galopade, au son des chants et de la musique, parmi la foule innombrable des *birichini*, des gamins, qui s'accrochent en riant à la soutane de Don Bosco...

Merci, Seigneur, pour ces 93 ans de jeunesse que tu as généreusement accordés à ton fils et prêtre Antoine Martin, et qu'il a si allègrement offerts et consacrés au service de ton Eglise dans la famille de Don-Bosco.

Merci à Marie qu'il a si dévotement aimée et priée, et qui lui a permis de garder cette transparence cristalline, cette légèreté aérienne, caractéristiques de ceux qui lui confient, à fonds perdus, leur destinée.

Et merci encore, Seigneur, pour cette délicatesse céleste d'aujourd'hui qui nous permet d'être rassemblés en ton nom, autour de notre frère, de te louer, de te supplier et de t'adorer, le jour même de la Solennité de Saint-Joseph, protecteur et gardien de ton enfance, vrai modèle de cet esprit d'enfance, de ce mystère de confiance joyeuse et illimitée, où nous te demandons de nous admettre et de nous garder.

P. MARIUS CALEMARD.

Nato a Nice, Francia 18. 6. 1883
† a Nice, Francia 17. 3. 1976